



“Vicisitudes de Enrico Martínez en el desagüe del valle de México”

p. 79-120

Jorge Gurría Lacroix

*El desagüe en el valle de México durante la época novohispana*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1978

178 p.

Figuras

(Cuadernos Serie Histórica 19)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de agosto de 2021

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/047/desague\\_valle.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/047/desague_valle.html)

D. R. © 2021, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## VI VICISITUDES DE ENRICO MARTÍNEZ EN EL DESAGÜE DEL VALLE DE MÉXICO

**A**STRÓNOMO, astrólogo, geógrafo, médico, ingeniero, arquitecto, impresor y escritor fue Enrico Martínez, y como si esto fuese poco, cosmógrafo del rey e intérprete de la Inquisición. Unía a todo lo anterior el conocimiento del latín, castellano, alemán y flamenco.

Todas estas actividades desarrolló en su fructífera vida, Enrico Martínez; y en todas ellas sobresalió, gozando de reconocido prestigio entre los obladores de la ciudad de México, a fines del VI y en el primer tercio del XVII.

Su nacionalidad fue, durante mucho tiempo, un misterio; se dijo que era francés, portugués, español, flamenco, holandés, alemán; y hubo alguien que diera argumentos para considerarlo mexicano. Desentrañó el misterio don Francisco Fernández del Castillo, al publicar un documento de la Inquisición que dice: "... y estando presente asimismo Enrico Martínez, vecino de esta ciudad, que dijo ser alemán...", lo que se corrobora con el proceso relativo a Enrique Hasse, de 1619, que a la letra expresa: "se haga una audición... con intervención de Enrico Martínez, maestro del desagüe, alemán, intérprete de este Santo Oficio". Por otra parte, como bien dice Francisco de la



Maza, nadie había parado mientes en que Humboldt lo hacía holandés o alemán.<sup>70</sup>

Aclarada la nacionalidad alemana de Enrico, sabemos que nació entre 1550 y 1560, en Hamburgo, puerto en que permaneció hasta los ocho años. Llevado a España, vivió en Sevilla, regresando a su ciudad natal a los diecinueve años; en donde estuvo año y medio. De la Maza cree que en su niñez fue protestante, convirtiéndose después en un sincero católico.<sup>71</sup>

Clavijero, citado por De la Maza, asegura que a los veinte años viajó por Europa, que estuvo en Francia, en donde se graduó en matemáticas, así como también en Polonia.<sup>72</sup> De vuelta en España radicó en Madrid, Sevilla y Toledo, viajó profusamente por ese país.

Arribó a la Nueva España en el mes de enero de 1590, en la misma flota que el virrey don Luis de Velasco, el segundo, en la que también venía Juan Ruiz de Alarcón.<sup>73</sup>

Antes de su intervención en la obra del desagüe tuvo gran actividad como impresor, como se puede comprobar con los numerosos títulos que editó. El resto de su vida, como veremos, forma parte

70 Francisco de la Maza. *Enrico Martínez, cosmógrafo e impresor de la Nueva España*. México, S.M.G.E., 1943, p. 17 y 18.

71 Ob. cit. pp. 18 y 19.

72 Ob. cit., p. 20.

73 Ob. cit., p. 20.



y está íntimamente ligada con las obras del desagüe de México, a través de sucesos, ya prósperos, ya adversos.

Hacia diecisiete años que Enrico Martínez vivía en la ciudad de México, o sea en el año de 1607, cuando el monarca español decidió que don Luis de Velasco, que pasaba su vejez en su encomienda de Azcapotzalco, volviera a ocupar la cabeza del virreinato de la Nueva España.

Jamás imaginó este cumplido y honorable funcionario, las duras tareas que le esperaban, cuando apenas tomada posesión, “comenzando las plubias por el mes de junio, fueron creciendo las aguas en tanta abundancia, que la laguna se llenó más que en ningún tiempo lo estuvo, y los ríos salieron de madre, llenando las acequias y vertieron sobre la ciudad sus aguas, sin que se pudiese remediar tan grande daño ni lo pudiesen impedir ni resistir las albarradas y calzadas y otros reparos que se habían hecho: y estuvo la ciudad en tanto peligro que se temió a verla de despoblar dejándola perdida, y con ella tantos y tan nobles edificios, templos y monasterios y haciendas, que causaba grande confusión y lástima”.<sup>72</sup>

<sup>74</sup> Enrico Martínez. *Relación de... arquitecto y maestro mayor de la obra de el desagüe de la laguna de México*. En *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del valle de México*.

1449-1900. Vol. II, Apéndice, Doc. núm. 2, p. 7. Se encuentran des-



El virrey Velasco, atento al peligro que sufría la ciudad, envió una proposición al cabildo, en la que manifestaba entre otras cosas: Que las obras de reparación de calzadas, diques y albarradas, así como cierre de compuertas y demás medidas tomadas, no han salvado a la ciudad, de la inundación y destrucción que está recibiendo y que, "estas diligencias y las que más y por menudo se han hecho no han bastado a librar esta ciudad del temor de la inundación antes con el riesgo del tiempo han crecido tanto las aguas y la laguna se ha levantado . . . que está la ciudad tan llena de agua que se han cerrado las más iglesias de los religiosos . . . y lo mismo muy gran parte de las casas de los vecinos y las más de ellas que andan canoas por ellas y las acequias por donde solían desaguar están tan llenas que rebosa el agua por encima y se vierte y extiende por las calles . . . que

cripciones de la inundación de 1604, en las siguientes obras: Andrés Cavo, ob. cit., p. 270. J. Ignacio Rubio Mañé, ob. cit. IV, 19. Fernando Cepeda y otro, ob. cit., fol. 10. Manuel Orozco y Berra. *Historia de la dominación española en México*. México, Robredo. 1938. III, 88 y ss. Fray Juan de Torquemada, ob. cit. I, 757 y ss. Juan Francisco Gemelli Careri. *Las cosas más considerables vistas en la Nueva España*. México, Xóchitl, 1946, pp. 92 y 93. Alejandro de Humboldt, ob. cit. II, 236. Luis González Obregón, ob. cit. I, 86 y 87. José María Marroqui. *La ciudad de México*. México, Medina. 1969. I, 116. Charles Gibson, ob. cit., p. 242. *Actas de Cabildo*, ob. cit. Acta de 17 de septiembre de 1607, pp. 93 y ss. Francisco de la Maza, ob. cit., p. 103. Francisco Sedano. *Noticias de México*. México, Barbedillo, 1880, p. 188. Vicente Riva Palacio. *El virreinato*. En *México a través de los siglos*. México. Barcelona, Ballescá y Espasa. s.f. II, 538. Francisco Javier Alegre. *Historia de la compañía de Jesús en Nueva España*. I, p. 436. Citado por Luis González Obregón, ob. cit. I, 86.



aún quedan por correr los días de este mes de septiembre y desde octubre que suele ser el mayor rigor de las aguas y corrientes y que visiblemente nos da a entender que todas las... prevenciones y reparos que se han hecho son presen-táneas y por algún tiempo provechosas pero no fuertes y eficaces para dar seguridad y perpetuidad a esta ciudad impidiendo totalmente el riesgo de la inundación y echando el enemigo fuera". Concluía diciendo que "habiendo oído a todas las personas que sobre este caso me han querido informar, y advertir y vistos sus memoriales de varios y diversos pareceres, se suma en lo dicho los remedios que de presente puede haber fuera de que muchos persuaden e incitan en el desagüe de la laguna que por algunas partes se puede dar"<sup>75</sup>

A la proposición del virrey, las autoridades civiles y religiosas contestaron favorablemente, aceptando se procediera a hacer desagüe general "yendo primero a ver, y pesar las partes y lugares que pareciesen más a propósito para ello".<sup>76</sup>

Como la cuestión apremiaba se instaló una comisión en forma permanente, compuesta por los oidores Pedro de Otálora y Diego Núñez Mor-

<sup>75</sup> *Actas de Cabildo*, ob. cit. Acta de 17 de septiembre de 1607, pp. 93 y 94.

<sup>76</sup> Fernando de Cepeda y otro, ob. cit., fol. II, vuelta.



quecho y por el fiscal del rey, Juan Quesada de Figueroa, para que trataran en acuerdo con el virrey todos los asuntos tocantes al desagüe, principalmente los proyectos que se proponían para llevarlo a cabo.<sup>77</sup>

La actividad desplegada por el virrey despertó gran interés, por lo que varias personas presentaron proyectos, en busca de una solución para librar a la ciudad de las inundaciones, expulsando las aguas fuera del valle. Entre ellos podemos citar los de Alonso Pérez Rebelto, que había presentado un proyecto en 1604; Damián de Ávila, Francisco Gutiérrez Naranjo y Sebastián Luna, Juan de Peralta y por último el de Enrico Martínez.<sup>78</sup>

El virrey, visto lo anterior, se hizo acompañar de varias autoridades, del doctor Villerino, de Enrico Martínez, Alonso Arias, Andrés de la Concha, Juan de Civicos y otros maestros y matemáticos, a fin de estudiar los proyectos en el lugar donde se proponían. Dejaron en último término el de Enrico Martínez, para el cual ordenó el virrey que el regidor Francisco Escudero de Figueroa, Juan de Civicos, Juan de la Isla y Alonso Pérez Rebelto, fuesen al portezuelo de Nochistongo, lugar señalado por Enrico para su desagüe. "Fue contradi-

77 Ob. cit., fol. 11 vuelta.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 89.

78 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit., fol. 12 y ss.



cho por Pérez Rebelto, y no siendo tomado en consideración lo objetado, prosiguieron su trabajo, midiendo la distancia entre Huehuetoca y la laguna de Citlaltepec.”<sup>79</sup>

Al día siguiente la comitiva presencio y escuchó el proyecto de Enrico Martínez, diciendo se practicase de Huehuetoca a la laguna de Citlaltepec; en una distancia de 14,850 varas, de las que ochocientas estaban abiertas por una acequia antigua y que la máxima profundidad sería de 37 varas.<sup>80</sup>

El virrey, respetuoso de la autoridad del ayuntamiento, puso a su disposición los autos relativos al desagüe, el que pidió que con toda prontitud se eligiese la parte más conveniente para ejecutarlo.

Para mayor seguridad el virrey envió por Chalco a los padres Juan Sánchez, Pedro de Mercado y Bartolomé Santos, jesuitas, y a Villerino, Enrico Martínez, Juan de Civicos y Francisco Naranjo, para ver si era posible hacer desagüe por esos lugares. Alonso de Arias, por su parte, fue por el rumbo de Tetzoco, habiendo dictaminado que por ese rumbo tampoco era factible.<sup>81</sup>

79 Ob. cit., fol. 12 y 13.

80 Ob. cit., fol. 13.

81 Ob. cit., fol. 13. También se hicieron trabajos en un sumidero en la laguna de Zumpango; el resultado fue el haber encontrado un ídolo de piedra.





Vistas todas las diligencias anteriores, el veintitres de octubre de 1607, se acordó: "...se haga el dicho desagüe por la parte de la laguna de San Cristóbal Ehecatepec, pueblo de Huehuetoca, y sitio nombrado de Nochistongo, con que el dicho desagüe se haga, de suerte que por él se pueda desaguar la laguna de esta ciudad, sin que sea necesario ahondar la parte, y lugar por donde ha de ir encaminada el agua, desde la laguna de Citlaltepec, y que desde luego se ponga obra y execute".<sup>82</sup>

Es decir, se aprobó el proyecto de Enrico Martínez, pero él nos informa que: "Cuando esta obra se comenzó se encaminó a dos fines: el primero y principal para quitar de la laguna de México el agua que fuese necesaria para asegurar la ciudad de la inundación que se teme: el segundo que, si por falta de tiempo de fuerzas o por algún impedimento que debajo de tierra se ofreciese, no se pudiese luego conseguir el referido primer intento, se acomodase la obra de suerte que por lo menos pudiese desaguar por ella la laguna de Zumpango, con advertencia que en todo lo que fuese socavón se apropiase la obra lo más que fuese posible al primer intento, y que lo que hubiese de ser tajo abierto no se ahondase más de lo necesario para el desagüe de la laguna de

82 Ob. cit., fol. 14.

Enrico Martínez. Apéndice. Doc. Núm. 2, ob. cit., pp. 8 y 9.



Zumpango, supuesto que en todo tiempo se podía ahondar más si fuese necesario: ordenóse esto así, porque quitadas a la laguna de México las aguas que le entran de la de Zumpango, se aseguraba la ciudad, y después se podría cómodamente disponer toda la obra para desaguar por ella la laguna de México”.<sup>83</sup>

Por tanto, sólo se aprobó lo relativo a evitar que el río Cuauhtitlan no entrara en Citlaltepec y fuera desviado hacia Huehuetoca y Nochistongo, para darle salida por el río de Tula.

La verdad es que, el proyecto de Enrico Martínez y los lugares indicados para llevarlo a cabo, coincidían con los propuestos por el español Francisco Gudiel en 1555.

La obra fue puesta en manos del padre jesuita Juan Sánchez y de Enrico Martínez, peritos en muchas facultades y buenos matemáticos. Torquemada dice que pronto se desavinieron y se quedó solo Enrico.<sup>84</sup>

A fin de conseguir mano de obra para los trabajos, se hicieron pregones, convocando a negros, mulatos y mestizos y otras castas, ofreciéndoles

83 Enrico Martínez. *Breve relación de la importancia de la obra del desagüe, y de lo que está hecho y resta por hacer en ella*. En *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del valle de México. 1449-1900*. Vol. II. Apéndice. Doc. Núm. 3, p. 15.

84 Enrico Martínez. Apéndice. Doc. Núm. 2, ob. cit., p. 9.  
Fray Juan de Torquemada, ob. cit. I, 728.



paga suficiente. A los vecinos se les pidió esclavos, a los que se les daría de comer. Se pidió hacerse herramientas y que se les dieran ideas acerca de cómo sacar tierra y acarrear piedras. Se solicitó de los comarcanos yuntas de bueyes y que los indios trajesen palos y paja para hacer chozas, lo que se les pagaría.<sup>85</sup>

Para cubrir el costo de los trabajos, ordenó el virrey “se tasarán las casas y posesiones de la ciudad de México, y las mercaderías, y otros bienes muebles de vecinos”, dando por resultado una estimación igual a 20 267 555 pesos de oro común y como gravamen el uno por ciento, o sea 304 013 pesos,\* dos tomines y siete granos; a lo que se allanaron con gusto los vecinos, cabildo eclesiástico y religiosos.<sup>86</sup>

Se nombró tesorero a Luis Moreno de Monroy, fijándose los salarios de los indios como sigue: cinco reales por cinco días y la ida y vuelta a sus pueblos, contándose seis leguas por jornada de un día. Un almud de maíz para cada semana. Una libra de carne para cada día. Cal para cocer el maíz. Una fanega de chile raída para cada cien personas por semana. Siete panes de sal para cincuenta personas para siete días. Cuarenta

85 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit., fol. 14.

86 Ob. cit., fol. 14 vuelta.

Francisco Sedano, ob. cit., p. 198.

\* N. del E. Aun cuando no corresponde la cantidad al 1% de la estimación, se conserva por respeto al original que se cita.



rajas de leña para cada cincuenta personas cada día. Se reservaba de cada cincuenta indios, dos para moler maíz y guisar la comida. A los maestros, sobrestantes, carpinteros, albañiles y otros oficiales, se pagasen sus salarios y jornales conforme a lo estipulado.<sup>87</sup>

Se estableció un hospital en Huehuetoca, con la suficiente provisión de medicamentos, para atender a los trabajadores que enfermaran o acidentaran.<sup>88</sup>

Se inauguraron los trabajos por el virrey Velasco el veintinueve de noviembre de 1607, dando él la primera azadonada.<sup>89</sup> Informa Enrico Martínez que al iniciar los trabajos halló tal cantidad de agua en las 7,500 varas que van de Zumpango a Huehuetoca, que no pudo hacer socavón, sino que decidió hacerlo a tajo abierto. De Huehuetoca en adelante se fueron ahondando las lumbreras, hasta que el agua impedía los trabajos. De tal manera que el plan de las últimas diecisiete lumbreras y el tajo abierto del fin de la obra está más bajo que el agua de la laguna de México. El resto de la obra, que comprende 12,000 varas, está dispuesto para el desagüe de la laguna de Zumpango.<sup>90</sup>

87 Fernando de Cepeda y otro. Ob. cit., fol. 15 vuelta.

88 Ob. cit., fol. 15 vuelta.

89 Enrico Martínez. Doc. Núm. 3, p. 15.

90 Ob. cit., p. 17.



Por estos días se fue a inspeccionar el sumidero de Pantitlán, lo que no dio ningún resultado útil.

En viaje de trabajo partió el virrey hacia Huehuetoca para enterarse del adelanto de las obras, el catorce de mayo de 1608. Se ocupó en ver el tajo abierto que hay desde Huehuetoca hasta la laguna de Citlaltepec, o sea legua y media y otro día vio el socavón y el otro tajo abierto, que está al fin del desagüe a la caída de Nochistongo.

Parece ser que el virrey y el visitador anduvieron por el socavón. Al día siguiente vio correr el agua torrencialmente por la acequia que va de Huehuetoca a Citlaltepec. Como premio por sus trabajos, recibió Enrico del virrey, una cadena de oro.<sup>91</sup>

Existen testimonios que desde el fin de noviembre de 1607, hasta siete de mayo de 1608, habían servido en la obra 471,514 indios, 1,664 indias cocineras, a los que se les había pagado 73,611 pesos, 5 reales de oro común, por lo que trabajaron en estadía y vuelta.<sup>92</sup>

La segunda visita del virrey fue el diecisiete de septiembre de 1608. Se detuvo en la lumbrera de Villalobos donde vio correr el agua de la lagu-

91 Fernando de Cepeda, ob. cit., fol. 17, vuelta.

92 Ob. cit., fol. 18.

Charles Gibson, ob. cit., p. 242.

Gemelli Carreri, ob. cit., p. 93.

Andrés Cavo, ob. cit., p. 271.



na por el socavón, hasta el fin del desagüe y prosiguiendo fue a parar en el remate del mismo, del que salió el agua con gran corriente por el tajo abierto, que después de extenderse por 800 varas, termina en el arroyo de Nochistongo y éste en el río de Tula. El arzobispo también vio correr el agua y bendijo la obra. Los técnicos, Alonso de Arias, Alonso Pérez de Castañeda, Antonio de Rioja, Hernando Gaitán, Damián Dávila y Alonso Martínez, preguntados por el virrey acerca de la obra, opinaron entre otras cosas que convenía hacer una compuerta cerca de la laguna de Citlaltepec para probar la obra, que serviría para entretener las aguas hasta que se hiciesen las paredes de piedra y cal y los cerramientos de la bóveda.<sup>93</sup>

Preocupado el virrey por la salud de los trabajadores indios del desagüe, tuvo información de que durante los once meses de trabajo, en que participaron 60,000, fallecieron por enfermedad diez o doce y los que perecieron en accidentes de trabajo eran otros diez.<sup>94</sup>

El propio maestro del desagüe nos da las medidas y formas de los trabajos realizados del 29 de noviembre de 1607 al 17 de septiembre de 1608: De la laguna de Zumpango a Nochistongo,

93 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit., fol. 18 y vuelta.

94 Ob. cit., fol. 19.



15,950 varas. De éstas, 7,500 van a tajo abierto de la orilla de la laguna de Zumpango, hasta Huehuetoca, con más de 13 varas de fondo. El socavón, que se inicia al terminar el tajo abierto, tiene de largo 7,670 varas, en donde se abrieron 42 lumbreras anchas y cuadradas, que llegan hasta el piso de dicho socavón, por las que entra la luz y se saca tierra; la más profunda tiene 57 varas de fondo. Desde el remate del socavón, hay otras 780 varas de zanja o tajo abierto, que camina hasta Nochistongo, con hondura de corriente perfecta para el desagüe de la laguna de México.<sup>95</sup>

Acerca de los trabajos del desagüe realizados por Enrico Martínez, Humboldt, admirado, expresa: "Una galería subterránea que sirve de canal de desagüe, acabada en menos de un año, de 6,600 metros de largo, con una sección transversal de diez y medio metros cuadrados, es una obra hidráulica que en nuestros días y aun en Europa llamaría la atención de los ingenieros".<sup>96</sup>

El ingeniero Francisco de Garay, quien pensaba que Enrico era mexicano, escribió: "... La historia no recordaba un hecho tan portentoso como la apertura de esa galería en tan corto espacio de tiempo, y en la época que se llevó a cabo, seguramente ningún otro pueblo en el mundo hu-

95 Enrico Martínez. Doc. Núm. 2, ob. cit., p. 11.

96 Alejandro de Humboldt, ob. cit. II, 238.



biera podido vanagloriarse de un hecho semejante; sólo en México se encontraba una población tan numerosa, acostumbrada a las labores de mina, y doblegada bajo la férula sin misericordia de la conquista. Tres elementos entraron en consorcio en la ejecución de la obra: voluntad firme para mandar, inteligencia para dirigir y sufrimiento para obedecer. El éxito fue el resultado de estos factores”.<sup>97</sup>

Refiriéndose a su obra y trabajo de los indios, el propio Enrico expresa: “. . . y se ha conseguido con manifiesto auxilio y favor divino en breve tiempo y con buena paga y tratamiento de los naturales, el fin de una obra tan grandiosa cuanto importante, que de muchas personas fue juzgada por imposible poder hacerse, como también al presente algunos imposibilitan poderse desaguar por ella la misma laguna de México, siendo negocio muy factible”.<sup>98</sup>

En este último párrafo, encontramos implícito el sentimiento de Enrico por no haberse hecho el desagüe total del Valle, sino sólo una primera parte de su proyecto.

Siguiendo a De la Maza y por deducciones de lo acontecido, sabemos que Enrico Martínez era protegido del virrey Velasco; sin embargo, las crí-

97 Francisco de Garay, ob. cit., p. 27.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 103.

98 Enrico Martínez. Doc. Núm. 3, ob. cit., p. 116.





ticas a las obras del desagüe, se desataron desde antes que ese buen señor abandonara el virreinato, las que se acrecentaron durante el gobierno del arzobispo- virrey, fray García Guerra, con motivo de los azolves y derrumbes que padeció el socavón y tajo abierto.

A Garay le sorprende que a nadie se le haya ocurrido revestir la galería; sólo los derrumbes hicieron ver la necesidad y se empezó a revestir y además con madera, pero esto no resolvió el problema, iniciándose fuerte y ardua campaña contra el cosmógrafo del rey.

Como el escándalo arreciara, y llegara todo a oídos de la corte, el monarca español, por medio de la Cédula de 8 de mayo de 1611, solicitó informes a todas las autoridades de la Nueva España, acerca del desagüe, de su costo, provecho, cuánto costaría perfeccionarla y duración de los trabajos.

Entre otros, rindió dictamen sobre el desagüe, Alonso Arias, personaje influyente y reconocido como enemigo de Enrico Martínez, quien dijo: Que en cuanto al costo de la obra, se remite a los libros de gastos. Que en cuanto al provecho no ha tenido ninguno, porque por ella no ha salido el agua de las lagunas de México, que son Tetzoco, México, Mexicaltzingo y San Cristóbal, sino únicamente de las de Zumpango y Citlaltepec. Que no se arreglaría nada en continuar las obras por-



que el autor del proyecto había sufrido errores en las medidas y nivelaciones. Daba una serie de argumentos para concluir que era inútil e incosteable y que además, en cuanto al trabajo de los indios, dijo que es evidente el excesivo trabajo que en ellas pasan, por ser en lugares bajo tierra, estrechos, oscuros y llenos de agua y ser ellos débiles, flacos y desnudos y que vienen de lugares muy remotos. Este documento aparece fechado el 14 de noviembre de 1611.<sup>99</sup>

Para cumplir con lo solicitado por el rey, informaron que lo que se había juntado de las imposiciones desde 1607, hasta septiembre de 1611, eran 540,000 pesos y lo gastado en la obra . . . . 413,324 pesos y 7 tomines. Que en los cuatro años habían trabajado 128,650 indios, además de 3,556 mujeres, que asistieron a darles de comer.<sup>100</sup>

A las preguntas hechas por el rey, Enrico Martínez contestó como sigue:

Que el costo de las obras vieja y nueva constan en los libros.

Que el provecho consiste en que por la obra vieja y nueva han salido las aguas de las lagunas de Citlaltepec y Zumpango, de 18 de septiembre de 1608 hasta 8 de octubre de 1609.

Que poniendo en uso la obra vieja, con mode-

99 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit., fol. 24, vuelta y ss.

100 Ob. cit., fol. 28, vuelta.



rado gasto, se puede divertir el río de Cuauhtitlan y avenidas de Pachuca.

Que el desagüe es el total remedio para que no se pierda la ciudad de México, porque los diques y albarradas son sólo un recurso temporal.

Que si se ponen a funcionar las obras vieja y nueva, para que entren por ellas las aguas de Citlaltepec y Zumpango, todo se arreglaría; lo que tratan de impedir los émulos con falsas proposiciones y siniestras relaciones.

Que las obras por hacer costarán alrededor de 400,000 pesos, utilizando 600 indios ordinarios, con oficiales y sobrestantes; en un término de 4 años más o menos, si se trabaja con quietud. Con esto quedaría la obra en disposición para continuarla hasta la laguna de México. Si esto se aprueba será menester de 500 a 600 mil pesos y 5 o 6 años. Este trabajo se haría por socavón o por tajo abierto, según el caso; debidamente reforzado.

Que su mantenimiento será poco oneroso, si casi toda la obra se hace por socavón; o sea que no ascenderá a dos mil pesos por año.

Que los indios han trabajado en la obra, ya apremiados, ya por su voluntad. Que es notorio que los naturales no van a trabajar voluntariamente a ninguna parte, por lo que se hacen los repartimientos. Que el hecho de que pueblos co-



mo Atlacomulco, Ehecatepec y Chiconauhtla hayan pedido trabajar en el desagüe, demuestra que han sido bien tratados.<sup>101</sup>

Todas las informaciones, inclusive la de Enrico, fueron remitidas a España, teniendo como resultado el envío del holandés Adrián Boot, reconocido como técnico en el desagüe de lagunas, quien llegó a México en septiembre de 1614, armado con una cédula real de primero de junio de 1613.

Por su trabajo percibiría 100 ducados al mes, a partir de julio de 1613. Boot fue contratado en Francia por el embajador de España, Iñigo de Cárdenas.<sup>102</sup>

El virrey Guadalcázar reunió al Real Acuerdo el 3 de octubre de 1614, y después de enterados de la llegada de Boot, y de la cédula real con que venía provisto, se acordó que el oidor Pedro de Otálora y Enrico Martínez, lo acompañaran a hacer un recorrido por las lagunas del valle y fuera enterado de todo lo relativo al desagüe. Se hizo correr el agua por el tajo abierto, penetrar al socavón y salir hasta Nochistongo.<sup>103</sup>

De regreso a la ciudad rindió un informe por escrito, en el que manifestó que la obra del de-

101 Ob. cit., fol. 28, vuelta y ss.

102 Ob. cit., fol. 31, vuelta.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 113 y 114.

103 Ob. cit. I, 114.

Fernando Carrillo y otro, ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 1, vuelta y ss.



sagüe “no vale nada para librar a esta ciudad de México del riesgo en que está. . . Ni tampoco se podrá desaguar la laguna de México, ni la de San Cristóbal, ni la de Xaltocan. . . Porque de la calzada de San Cristóbal hasta la laguna, represa del río Cuauhtitlan, hay de longitud 33,650 varas”, que tendría que hacerse un canal del mismo largo, muy ancho y hondo, que costaría mucho dinero, mucho tiempo, gran cantidad de gente y alto costo de mantenimiento. Pero que si el virrey y Real Audiencia desean que aquella grandiosa obra pueda tener su efecto, y el río de Cuauhtitlan se desagüe, creía que la solución era mejorar las 3,000 varas y ahondar las 610 en el tajo abierto, y así acabaría el peligro.<sup>104</sup>

El virrey convocó a una junta, en la que estuvieron presentes Boot y Enrico Martínez. A éste se le entregó el parecer del primero. Posteriormente contestó diciendo que se podría utilizar el desagüe viejo y por él enviar al río Cuauhtitlan, si se le daban 110,000 pesos, 300 indios y un plazo de dos años y tres meses. Como en ocasiones anteriores no había cumplido, se le exigió fianza por 12,000 pesos. Se defendió arguyendo que no había cumplido porque no se le dio la gente. Por no otorgar la fianza se le apresó. Salió de la cárcel por haber dado en garantía parte de su salario.<sup>105</sup>

104 Ob. cit., fol. 3, vuelta.

105 Ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 4, vuelta y 5.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 116.



Adrián Boot propuso como solución, poner un cerco a la ciudad a base de diques y calzadas, expulsando las aguas sobrantes por medio de máquinas que se usan en Holanda; además de abrir cinco canales para dar salida a las aguas, útiles para la navegación y para refrescar el agua de la ciudad. Para realizar este proyecto, dijo necesitar 150 indios que trabajaran nueve meses al año diariamente, con un salario de dos tomines y medio por día. El presupuesto total ascendía a 185,937 pesos y se llevaría a cabo entre 1615 y 1618.

Sobre el proyecto de Boot se acordó que, “la mucha costa que ha de tener, y poco de útil que de él se puede esperar, pareció que por ahora no se ponga en ejecución”. De haberse aceptado, significaba una vuelta a los métodos prehispánicos, a sabiendas de que la única solución era el desagüe general.<sup>106</sup>

Para dictaminar sobre el proyecto de Boot y los nuevos ofrecimientos de Enrico Martínez, se designó a diez personas, entre ellas a Alonso de Arias, cuyo juicio privó al final, desechando desde luego la propuesta del ingeniero holandés, así como la de Enrico.

106 Ob. cit. I, 116 y 117.

Fernando de Cepeda y otro, ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 6, vuelta y ss.



Es a la vez curioso y trágico observar cómo la burocracia retrasaba y hacía nulos todos los esfuerzos para resolver el problema del desagüe; juntas tumultuarias de gente que en su mayor parte no tenía la menor idea de lo que se discutía, idas y venidas a visitar las obras, que aparte de costosas eran inútiles pues los que tenían en sus manos dictaminar las conocían a la saciedad. Por otra parte, el virrey, para no comprometerse, enviaba a España copiosos expedientes para su resolución, a sabiendas de que todo esto implicaba enormes retrasos, a fuer de que por desconocer lo relativo al desagüe, malamente podían dar buenas soluciones.

Todo el expediente se remitió al Real Consejo de Indias, en 16 de mayo de 1615.<sup>107</sup>

Al inicio de 1620, Adrián Boot presentó un nuevo memorial en que hablaba de su persona, de su llegada a la Nueva España y de las obras que debían realizarse para evitar se inundase la ciudad. Revisado este escrito, se le dijo que era lo mismo que había propuesto a su llegada, que todo se le había comunicado a su Majestad, y que sobre el asunto se había recibido Real Cédula de 23 de abril de 1616 y que todo lo que tuviese que alegar e informar, lo hiciese ante el Real Consejo de las Indias. Dicha cédula consta que se recibió

107 Ob. cit. Segunda Cuenta, fol. II.



en México y que el virrey en septiembre del propio año dijo la cumpliría, sin embargo no se dio a conocer sino hasta 1620. Un extracto de su contenido es el que damos a continuación: Que para libertar a la ciudad de las inundaciones no es necesario desaguar por completo la laguna, que antes bien, se considera que haya la cantidad suficiente para la navegación y servicio de la misma. Que procurara evitarse el aumento de la laguna impidiendo que el agua de acueductos y acequias, penetre a la laguna. Que el peligro de inundación viene siempre del río Cuauhtitlan y avenidas de Pachuca, por lo que hay que impedir su entrada a la laguna de México a través de Zumpango y San Cristóbal. Que concluido el desagüe de Huehuetoca, que debe y manda proseguirse, no se cobrará más el impuesto al vino.<sup>108</sup>

Es conveniente advertir que así como Francisco Gudiel, en 1555, propuso el aprovechamiento de los canales del desagüe para la navegación y abasto de la ciudad, la Cédula en cuestión hacía también hincapié en esto, contrariando nuevamente la opinión vertida por Humboldt, en el sentido de que sólo se tuvo a las aguas del Valle como enemigas y nunca se intentó utilizarlas.

Cuando el marqués de Guadalcazar fue removido al virreinato del Perú, llegó a gobernar a la

108 Ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 12, vuelta y 13.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 120.





Nueva España el virrey marqués de Gelves, en septiembre de 1621. Era Gelves hombre severo en demasía, inflexible en sus decisiones, arrebatado e incapaz de sufrir contradicción alguna. Era cristiano y buen creyente, pero tenía una alta idea del poder civil, se mostraba celoso de su autoridad y dispuesto a cerrar el paso a las pretensiones eclesiásticas, de considerarse superiores a la autoridad política. Durante su gobierno acabó con el bandolerismo y con la corruptela en los tribunales.<sup>109</sup>

Había pasado más de un año de la llegada del nuevo virrey, cuando decidió ocuparse del desagüe del valle.

Con el fin de enterarse de la situación de las obras, en el sitio y de boca de personas conocedoras, se hizo acompañar de Galdo de Guzmán, que ocupaba el puesto de juez superintendente de las obras, nominación de reciente creación; de Simón Enríquez, Enrico Martínez, Adrián Boot, Jerónimo Farfán y del padre Francisco Ruano. A todos ellos hizo múltiples preguntas y pidió sus votos y pareceres, y vista la carta planta que se le presentó, llegó a la conclusión de que existía gran confusión y duda y no estar claramente averiguada la extensión de las lagunas del valle ni sus niveles en temporada de lluvias y secas, ni sabido

109 Manuel Orozco y Berra, *Dominación*. III, 125.



el caudal de los ríos y arroyos que las alimentan, y que no existían datos precisos acerca de la necesidad o no de las obras del desagüe; que por tanto, para poder conocer lo anterior era indispensable que las lagunas recibieran todos los caudales; inclusive las del río de Cuauhtitlan, obstruyendo su entrada en el tajo y socavón. Los circunstancias se conformaron con lo expresado por el virrey y fueron del mismo parecer, con el consabido juramento que hicieron a Dios y a la Cruz en forma de derecho de que esto es lo que entienden a su leal saber y entender, y lo firmaron. Como ya estamos enterados de la dureza de carácter y convicciones del virrey, nos es dable pensar que todos los firmantes actuaron arredrados y presionados por la autoridad de Gelves y no por sus convicciones.<sup>110</sup>

Humboldt critica el proceder del virrey, pues, "sin haber presenciado . . . las inundaciones causadas por las salidas de madre del río Cuauhtitlan, tuvo la temeridad de mandar al ingeniero Martínez tapase el túnel e hiciese entrar las aguas de Zumpango y de San Cristóbal en el lago de Tezcoco, para ver si efectivamente era el peligro tan grande como se le había pintado".<sup>111</sup>

El virrey, confirmando su decisión, ordenó: "Por

110 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 14 y ss.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 122.

111 Alejandro de Humboldt, ob. cit. II, 241.



tanto, y para que esto tenga efecto, por el presente mando que la obra del desagüe cese, y no se prosiga, desde fin del mes de mayo próximo venidero de este año, hasta que por mí otra cosa se prevea, y mande, y el mismo día el dicho Enrico Martínez alce la mano de la obra, y despida los indios que están destinados, y van a ella, y a los sobrestantes, y demás oficiales, y este tiempo procure perfeccionar las partes de la obra donde al presente se trabaja, y las demás que fuere necesario: de manera que por cesar no reciba daño en tiempo de las aguas, que no se ha de trabajar en ella encaminando las del río de Cuauhtitlan por su madre antigua sin que entren en el desagüe".<sup>112</sup>

Esta drástica medida con las contradicciones que contiene, fue la responsable del mayor desastre que ha padecido la ciudad, pues estuvo anegada seis años, destruyéndose buena parte de sus construcciones, despoblándose por muerte o abandono de sus vecinos. Inclusive estuvo a punto de desaparecer, cuando el rey ordenó su cambio de sitio. Tal fue el resultado de la impericia o soberbia de un funcionario, en cuyo tiempo surgió un alboroto popular, tal vez promovido por el arzobispo y oidores, en que el pueblo atacó el palacio virreinal y el virrey tuvo que salir huyendo.

112 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 16.



Orozco y Berra cree que otro elemento que influyó en la caída de Gelves fue la ya existente pugna entre criollos y peninsulares, pues los primeros veían con desprecio a los recién llegados y principalmente a las autoridades.<sup>113</sup>

Cumpliendo con lo ordenado, Adrián Boot clavó cuatro estacas en la laguna, a cien varas de la albarrada de San Lázaro, dejando descubierta media vara sobre el nivel de las aguas. En 19 de octubre de 1623 Enrico y Boot fueron a examinar las señales y encontraron que del 13 de junio a la fecha, quedaban sólo dos dedos fuera de las aguas. Con motivo de esta inspección, Adrián Boot opinó que el peligro no era procedente del norte, sino del sur, lo que contradijo Enrico diciendo que el mal procedía de las aguas del río Cuauhtitlan. Por tanto que, en vista del aumento del nivel, lo conducente era concluir el desagüe y lanzar por él las aguas del Cuauhtitlan.<sup>114</sup>

Mas el tiempo transcurría y el ayuntamiento, a pesar de sus continuas solicitudes, no conseguía tomaran en cuenta sus peticiones, por lo que todo fue inactividad de 1624 a 1627.

Fueron puestas nuevas estacas para controlar el crecimiento del nivel de las aguas, las que vistas en julio de 1627, quedaba de ellas descubier-

113 Manuel Orozco y Berra, *Dominación*, ob. cit. III, 125

114 Luis González Obregón, ob. cit. I, 122.

Andrés Cavo, ob. cit., p. 286.

J. Ignacio Rubio Mañé, ob. cit. IV, 47.



tas dos tercias partes y dos dedos, de la parte superior. En 5 de agosto había crecido una cuarta, el 7 del mismo mes, dos dedos y el 7 de noviembre el agua estaba cuatro dedos arriba de ellas, según inspección de Enrico y Adrián Boot.<sup>115</sup>

Pedro Díez de la Barrera, procurador de la ciudad, informó al Cabildo, en 29 de octubre, que el agua había invadido los barrios y que en las calles de Santo Domingo, San Agustín y Colegio de la Compañía, tenía un fondo de media vara. Expresaba también que como resultado de las disposiciones del virrey Gelves, estando henchidas las lagunas, las acequias de la ciudad no podían desaguar en ellas, revertiéndose, e inundando la ciudad. Que todo lo hecho en 1626 y 1627 era insignificante y que en el siguiente año la inundación sería general.<sup>116</sup>

A fin de evitar mayores males se propuso arreglar calzadas, construir la presa que se llamó del Rey, para controlar el río de las avenidas de Pachuca; que se prosiguiese el desagüe de Huehuetoca, y que se reparara la rotura del albarradón que represaba al río Cuauhtitlan. Se dio la superintendencia de las obras a los padres de la Compañía de Jesús. Todas las obras propuestas se fueron haciendo hasta mediados de 1629.<sup>117</sup>

115 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 23, vuelta y 24.

116 Ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 24, vuelta y ss.

117 Ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 26 y vuelta.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 126.



En el Archivo General de la Nación se encuentra un informe de Enrico Martínez al rey, de fines de 1628. En él consigna que la obra del desagüe comprendía hasta ese año, de la laguna de Zumpango a Nochistongo, 15,830 varas; de las que 8,130 eran de socavón y 7,700 de tajo abierto, siendo la mayor profundidad en el socavón, 68 varas. Decía que durante los catorce años y once meses de trabajo, habían muerto 21 indios y 2 españoles y su costo era de 1.150,000 pesos. Respecto al trabajo de los indios, expresaba que se les habían disminuido los salarios y suprimido la carne que se les dio en la época del virrey Velasco. Concluía expresando que la gente aborrecedía el desagüe, por el impuesto sobre el vino y porque se distraía el trabajo de los indios en esas obras.<sup>118</sup>

Como durante el año de 1628 las lluvias se retrasaran, los vecinos de la ciudad creyeron que el peligro había pasado; sin embargo, se libró dinero, gente y materiales a Enrico Martínez, quien en sólo cuatro meses dejó las obras en el mismo estado que antes tenían.<sup>119</sup>

A mediados de 1629 se le volvió a dar dinero para que cerrara unos portillos del albarradón, pero en vez de hacer esas reparaciones tapó la

118 Ob. cit. I, 127 y ss.

119 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 26, vuelta.

Francisco Sedano, ob. cit., p. 191.



boca del desagüe y rompió el vertedero, penetrando las aguas del Cuauhtitlan a la laguna de Zumpango, que desaguó en la de San Cristóbal y ésta en la de México, anegándose irremediablemente la ciudad. El virrey mandó a Fernando Cepeda levantara información, el que puso preso a Enrico, quien declaró que los elementos que le habían mandado para las obras, aparte de escasos, llegaron retrasados, y que las avenidas de los ríos fueron extraordinarias. Dijo además que se tapó por las muchas lajas que cayeron.<sup>120</sup>

Acerca de este incidente, Humboldt dice que las verdaderas causas del anterior acaecimiento han quedado ocultas, y que según se dijo, Enrico había cerrado la galería para demostrar a sus enemigos la bondad de la obra realizada. González Obregón dice que lo hizo para evitar la destrucción de obras tan costosas y sin concluir.<sup>121</sup>

Pero como las aguas seguían subiendo, el 21 de septiembre se le ordenó tratara de controlar el río de Cuauhtitlan, y que dadas sus enfermedades y edad avanzada, designara a una persona que pudiera vigilar los trabajos en los socavones.<sup>122</sup>

Ese mismo aciago día, o sea el día de San Mateo, se desgarró el cielo, en forma tan descomunal y violenta, que durante treinta y seis largas horas

120 Ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 26, vuelta.

121 Alejandro de Humboldt, ob. cit. II, 241.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 137.

122 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 27.



la ciudad estuvo recibiendo interminables cascadas de agua, que unidas al empuje de los caudales provenientes de los enemigos tradicionales, ríos de Cuauhtitlan y avenidas de Pachuca, México quedó virtualmente bajo las aguas; no existiendo otro vehículo en que transportarse, aparte de las canoas, pues el líquido había invadido las propiedades todas, roto calzadas y albarradas, llegando a tener una hondura de dos varas, “por donde menos”.

Fray Alonso Franco, de la orden de predicadores, que vivía en la ciudad de México en ese entonces, reseña así esa inundación: “baste decir que ha sido el mayor trabajo que ha padecido México y que una ciudad tan populosa, grande, rica, insigne, a quien todos acudían y a todos albergaba. . . en esta ocasión sus vecinos y naturales la desampararon. . . Las canoas sirvieron de todo. . . Las calles y plazas estaban llenas de estos barcos; y ellas sirvieron de todo cuanto hay imaginable para la provisión de una tan grande república; y llegó lo que era trabajo a ser alivio, comodidad y recreación. . . En canoas se llevaban los cuerpos de los difuntos a las iglesias. . . y con mucha decencia se llevaba el Santísimo a los enfermos. . . Y las más casas que no eran de argamasa de cal y arena se cayeron en esta inundación”.<sup>123</sup>

123 Fray Alonso Franco. *Segunda parte de la historia de la provincia de Santiago de México, orden de predicadores de Nueva España*. México, Museo Nacional. 1900, pp. 452 y ss.





Ya hicimos notar con anterioridad que la superintendencia de las obras del desagüe estaba en manos de los jesuitas, a los que se culpó de la inundación, por no haber cerrado ciertos acueductos de que necesitaban para beneficio de sus tierras. Alegre nos dice que: “Esta vez los hizo tan odiosos, que casi no podían salir a las calles, sin exponerse a las imprecaciones y aun a los insultos de la plebe. Se descubrió la falsedad de esta calumnia, con la prisión y confesión del mismo maestro mayor del desagüe”. Continuando sobre el tema de la inundación dice: “La desolación y abandono de los muchos pueblos, campos y huertas que proveen la ciudad, junto con el gran número de indios y gente desvalida, que a ella se había acogido encarecían los alimentos. A la hambre siguió, como suele suceder, la epidemia”.<sup>124</sup>

“En el año de 1629, fueron tan grandes las aguas en México, que se dio por acabada. Y considerando el arzobispo (Manso y Zúñiga) el peligro de su gente, socorrió con caridad a sus ovejas. Sobrevino una peste, y mandó hacer siete hospitales, que fue el remedio total para tantos daños. . . . En carta que el arzobispo. . . . escribe a su Majestad. . . . de octubre de 1629, le hace una representación del gran daño que había hecho la

124 Javier Alegre. *Memorias para la historia de la provincia que tuvo la compañía de Jesús en Nueva España*. México, Tipográfica Modelo, 1940. I, 244 y 245.



inundación de la laguna; y dice: Que murieron 30,000 indios, y de 20,000 familias españolas, no le habían quedado a México cuatrocientos vecinos, quedando aquella parte como un cadáver muerto.”<sup>125</sup>

Hay que reconocer que tanto las autoridades civiles como eclesiásticas tuvieron un magnífico comportamiento, dando asilo, víveres y medicinas a los damnificados de aquel tremendo desastre.

Consternado el virrey por el estado que guardaban la ciudad y sus pobladores, se dirigió al arzobispo, ambos Cabildos, Consulado, Universidad, conde de Santiago y órdenes religiosas, pidiéndoles consejo acerca de qué hacer para resolver tan arduo problema.

El arzobispo, personaje sin duda muy realista, contestó que se le llamó cuando el enfermo estaba desahuciado, a pesar de que él trató esto muy a tiempo con el virrey, sin que éste le escuchara. Respecto al trabajo que tendría que hacerse en el futuro, dijo que primero había que ver si quedaba ciudad que preservar, pues de lo contrario, convenía más cambiarla de sitio, cosa que en circunstancias menos apremiantes había ya acordado su majestad. Esto fue el veintidós de octubre de 1629.<sup>126</sup>

125 Gil González Dávila. *Teatro eclesiástico de la primitiva iglesia de la Nueva España en las Indias Occidentales*. I, 92 y 93.

126 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 27, vuelta.



El marqués de Cerralvo convocó a una junta, en la que hizo la historia de las inundaciones y propuso varios arbitrios, expresando que, de no aceptarse sus propuestas, continuaría con la obra comenzada.

En una nueva junta designó a los maestros Pedro de Paz, Tomás de Ponciau, Juan Gómez de Trasmonte y Diego Sánchez, para examinar los proyectos de Antón Román, Alonso Pérez de Zúñiga, Francisco Gutiérrez Naranjo y el de Huehuetoca, cuyas obras estaban realizándose. Terminada la inspección y estudio de los proyectos indicados, la comisión resolvió continuar con el desagüe de Huehuetoca, para que por él se pudieran desaguar las lagunas de Citlaltepec y Zumpango y río de Cuauhtitlan.<sup>127</sup>

En doce de enero de 1630, de acuerdo con el ofrecimiento de Enrico Martínez, ordenó se pusieran en marcha los trabajos, que se terminarían en veintidós meses, con gente suficiente y con un costo de 200,000 pesos.<sup>128</sup>

Para poder solventar estos gastos, se tomaron prestados de la Real Hacienda 137,500 pesos, y se impuso al vino una contribución de 25 pesos de oro común por cada pipa que entrase por Veracruz.<sup>129</sup>

127 Ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 36.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 140 y 141.

128 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 37.

129 Ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 36, vuelta.



Entre tantos proyectos sobresalió el de Simón Méndez, que iba desde el Molino de Ontiveros, pasando por Xaltocan, Santa Lucía y arroyo de Tequixquiac; en una extensión de 43,034 varas. La comisión, compuesta por Enrico Martínez y Gómez de Trasmonte, fue favorable a este proyecto y hasta se inició, perforándose cuatro lumbreras; mas no se continuó a pesar de haber cumplido en todo Méndez. Hay que reconocer que “con importantes y substanciales modificaciones marcó la ruta del que se puso en ejecución con el mayor éxito en nuestros días”.<sup>130</sup>

En los meses de junio, julio y septiembre de 1630, la inundación fue en aumento, desarrollándose una peste. Septiembre y octubre fueron pródigos en juntas y proyectos, inspecciones y consultas, resolviéndose por fin que se continuara el de Huehuetoca, por un lado del socavón del desagüe viejo. Se aprovecharían las 7 mil varas del tajo abierto que va del albarradón del Cuauhtitlan, a la entrada de dicho socavón. Se haría todo a tajo abierto, desde Ontiveros, para sacar el agua de la laguna de México y salir a la boca de San Gregorio y caída de Nochistongo. Se conservaría el socavón mientras se realizaran las obras. Al mismo tiempo se indicaba el costo de las obras,

130 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 38 y vuelta.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 148.



los indios que se necesitarían, y demás elementos, como carretas, bueyes, mulas, huacales, palas, barreras, morillos, pastura, etc. Se dijo también que las obras deberían darse a destajo, y, de quiénes y de dónde, deberían obtenerse los medios y arbitrios para financiar dichos trabajos.<sup>131</sup>

Visto lo anterior, el virrey Cerralvo aceptó se hiciera el desagüe general, para sacar el agua de las lagunas de la ciudad de México, pero que se hiciera con la brevedad que exige el aprieto en que se encontraba. Ordenaba se hicieran los trabajos a destajo y por tareas, dándoles los indios necesarios; en la inteligencia de que por sus servicios se les darían repartimientos, exención de derramas, de licencias para portar armas y otras prerrogativas.<sup>132</sup>

En este año, el padre Francisco Calderón propuso se inspeccionara el sumidero de Pantitlan, pues había sido informado por el sacerdote Bartolomé de Alva, que según las tradiciones indígenas, por ese lugar desaguaba la laguna en la época prehispánica. Los trabajos realizados comprobaron que más que sumidero, era un manantial.<sup>133</sup>

131 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit. Segunda Cuenta, fol. 41, vuelta. Tercera Cuenta, fol. 1 y ss.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 150.

132 Ob. cit. I, 151.

Fernando de Cepeda y otro, ob. cit. Tercera Cuenta, fol. 4, vuelta.

133 Ob. cit. Tercera Cuenta, fol. 5.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 164.



A la comunicación que remitió el virrey al monarca español de 12 de septiembre de 1630, éste contestó por medio de tres cédulas, cuyo contenido es como sigue: La de 12 de marzo de 1631, previene al virrey, que en lo relativo al desagüe, obre como le parezca. La de 19 de mayo de 1631, pide al virrey consultar si sería bien mudar la ciudad, en los llanos que están entre Tacuba y Tacubaya, para lo que debía convocar a una junta y prohibiera construir en Tacubaya, Tlalpan y Coyohuacan. La tercera era de hecho igual a la del 12 de marzo, pero dirigida al ayuntamiento.<sup>134</sup>

Respecto al cambio de asiento se convocó a una junta, a la que concurrieron las corporaciones civiles y eclesiásticas y muchas otras personas. Estuvo a favor del cambio el contador Cristóbal Molina, a quien refutó un regidor cuyo nombre se desconoce, quien aparte de muchos otros argumentos, expresó que sería un escándalo desamparar los monumentos consagrados al culto de Dios. Todo lo dicho se examinó, influyendo poderosamente, en contra del cambio, el hecho de que las propiedades de la ciudad estaban valuadas en 50 millones de pesos, que no había indios para construir la nueva, que los materiales eran muy costosos y que si el desagüe costaba 4 millones, quién pierde 50 por no gastar los 4. Todo lo anterior

134 Ob. cit. I, 152.

Fernando de Cepeda y otro, ob. cit. Tercera Cuenta, fol. 7 y vuelta.



hizo que este asunto quedara sin resolverse y no se volvió a tratar.<sup>135</sup>

Prácticamente desechado el cambio, el ayuntamiento insistió en que se procediera a hacer el desagüe, escogiendo el proyecto propuesto por Huehuetoca, que en páginas anteriores hemos descrito y que por tratarse del desagüe general del valle, salvaría para siempre a la ciudad de las inundaciones. Que independientemente de estas obras habría necesidad de preservar las presas, calzadas y albarradas, para mayor seguridad. Estos acuerdos se tomaron en Cabildo de 12 de noviembre de 1631.<sup>136</sup>

En el curso del año de 1631 fueron presentados dos informes sobre el desagüe. De uno de ellos era autor el lego carmelita fray Andrés de San Miguel, persona reconocida como ilustrada y competente y, aunque protesta no guiarle pasión ni interés alguno, pues él no podría ejecutar las obras, por estar paralítico, ya veremos la forma agresiva de sus intervenciones. El otro informe era de Juan de Villabona y Zubiaurré, oidor de la real Audiencia y superintendente de las obras del desagüe de Huehuetoca; por designación del virrey, de fecha 6 de enero de 1631.<sup>137</sup>

135 Ob. cit. Tercera Cuenta, fol. 8, vuelta y ss.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 152 y ss.

136 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit. Tercera Cuenta, fol. 10 y vuelta.

137 Ob. cit. Tercera Cuenta, fol. 12, vuelta.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 158 y ss.



Fray Andrés de San Miguel es autor de una Relación —1631— y de un informe —1636— acerca del desagüe de México, obras y región que conocía a la perfección, según se desprende de esos sus escritos. Conoció a Enrico Martínez y discutió con él cosas relativas al desagüe. Seguramente el estar tullido le agrió el carácter de tal manera, que lo por él escrito destila veneno y maledicencia, aparte de un recalcitrante chauvinismo. El blanco de todos sus malos humores lo fue Enrico Martínez, maestro del desagüe de México, tanto por tener este empleo, como por ser extranjero. Su soberbia y desaprensión la podemos medir por los párrafos que transcribimos:

“...el marqués de Montesclaros,... trató de buscar desagüe; que le ofrecieron algunos, y entre los maestros que se ofrecieron, fue unó Enrico Martínez, pero por las razones que dio, y demostración que hizo de lo que sabía, coligió el marqués ser engañador, que sólo a título de extranjero, se quería meter y dar su parecer en lo que no entendía y según supe de quien se halló presente, estuvo el marqués muy determinado de hacerlo ahorcar, como engañador: de grandes trabajos y gastos perdidos, hubiera libra o a la ciudad, y naturales, si lo hiciera, pero eníalo Dios para azote de la miserable ciudad y naturales.”<sup>138</sup>

138 Ob. cit. I, 158 y 159.

Francisco de la Maza, ob. cit., p. 143.





De la Maza asienta que esta última frase contiene “odiosa ironía y ruin deseo... indigna de cualquiera y más de un religioso”; y considera falso que el virrey Montesclaros haya tratado de ahorcarlo, máxime que Enrico le dedicó su *Reportorio*, cosa que no hubiera hecho de ser cierto el dicho de fray Andrés.<sup>139</sup>

En otra parte expresa que el culpable no es Enrico, sino la persona que lo eligió, pues las personas a quienes se quita del puesto en que Dios los puso, les falta su concurso y todo les sale mal, como es el caso, ya que sacar a Enrico de su imprenta y de hacer sus lunarios, que era el oficio en que Dios quería servirse de él, y hacerle maestro de una obra tan grande como la del desagüe, no hay que maravillarse de los yerros que hizo, sino de los que dejó de hacer.<sup>140</sup>

La acritud de los comentarios de fray Andrés de San Miguel debieron lastimar al entonces viejo y enfermo Enrico Martínez, sobre todo, que se le tratara de extranjero, después de radicar en la ciudad más de cuarenta años. Si esto perjudicó aún más la endeble salud de Enrico Martínez, la actitud hostil e infame del oidor Villabona lo llevaron a la muerte.

139 Ob. cit., p. 144.

140 Fray Andrés de San Miguel. Informe dado en 1636 al virrey marqués de Cadereita, acerca del desagüe de Huehuetoca. En *Anales del Museo Nacional de México*. México, Museo Nacional, 1887. IV,



Los conceptos vertidos por Villabona y Zubiaurré, los consignan Cepeda y Carrillo, en su Relación. "Intenta señor el maestro mayor Enrico Martínez añadiendo nuevos imposibles a los pasados entretenernos, y escondido y retirado en un aposento oscuro con una enfermedad afectada después que vine a este pueblo (Cuauhtitlan, en donde vivía Enrico) según se cuenta rodeado de libros de matemáticas, esferas, globos, astrolabios y ballestillas, sin ver y reconocer de raíz el fundamento y causa de sus ofrecimientos y promesas, para los efectos que pretende edificar en arena, pintar en el agua, y coger los vientos con las manos. . . y han pasado años que no entra en el socavón, ni ha querido entrar conmigo, aunque se lo apercibí por auto". Esta y otras muchas cosas ofensivas, vertió Villabona sobre el viejo Enrico, llamándole también engañador "por el desamor que como extranjero" tenía a la corona de España.<sup>141</sup>

Cavo y Gemelli Carreri, hacen consistir el fallecimiento de Enrico Martínez, en el disgusto que le hizo pasar el oidor Villabona, con su áspero y desatentado informe. Parece ser fue sepultado en el altar mayor de la iglesia de Cuauhtitlan. Murió rodeado de sus queridos libros y de sus instrumentos de trabajo, que seguramente le proporcio-

141 Fernando de Cepeda y otro, ob. cit. Tercera Cuenta, fol. 14 y ss.



naron los más placenteros momentos de su vida, como a todo científico e intelectual ocurre.<sup>142</sup>

Con la muerte de Enrico Martínez, en 1632, concluye el periodo más trascendente de la grandiosa obra del desagüe del valle de México, más extraordinaria aún si tomamos en consideración la época en que fue realizada y los medios técnicos de que disponían. Por último, hay que advertir que Enrico Martínez había propuesto el desagüe general, como él mismo lo dice en su informe de 1628.

142 Ob. cit. Tercera Cuenta, fol. 17.

Juan Francisco Gemelli Carreri, ob. cit., p. 96.

Andrés Cavo, ob. cit., p. 309.

Francisco de la Maza, ob. cit., p. 146.

Luis González Obregón, ob. cit. I, 161.

J. Ignacio Rubio Mañé, ob. cit. IV, 98.

Manuel Orozco y Berra, *Dominación*, ob. cit. III, 150.

Fray Agustín de Vetancurt, *Teatro mexicano*, Madrid, Porrúa Turanzas, 1960-1961. III, 340.